

Lo que dejaron los rusos

Yoss

Narrador.

Para René Méndez Capote, que me enseñó desde niño que el costumbrismo no tiene por qué ser halagador ni aburrido.

Para Anna Lidia, Dimitri, Polina, Guillermo, mis socios «agua tibia».

Es sorprendente; treinta años de presencia rusa en esta isla no dejaron casi nada, aparte de unos cuantos edificios horribles. El modo de ser y la cultura eslavos son demasiado fríos y serios hasta cuando se ponen sentimentales. No tienen nada que ver con el feeling de bolero del trópico, con la jodedera y la informalidad del Caribe, como por ejemplo sí tienen que ver los americanos, por muy gringos que sean.

La sentenciosa frase me la susurró al oído un carnalito mexicano, profesor de literatura en el DF, y ya medio cubanizado él, una tarde de mayo de 1999, cuando pasábamos frente a Alamar, originalmente concebida como ciudad-dormitorio, de clara inspiración soviética. Regresábamos de Guanabo apretujados en el viejo Chrysler de un botero de esos que piden veinte pesos moneda nacional por el viaje hasta o desde la playa. Pagó mi amigo azteca, y hasta

agradecido de ahorrarse los diez dólares que le habría cobrado cualquier carro autorizado a llevar extranjeros, aunque algo contrariada su tendencia a la verborrea por mi clara instrucción de nativo versado en picardías: «cállate la boca y déjame hablar a mí». A pesar de que sus facciones no apuntaban mucho hacia el indio, su acento de película de charros habría descubierto nuestra impostura al instante.

Pero cuando nos bajamos en el Parque Central, sus ganas contenidas de «dar muela» florecieron, a la sombra del índice admonitorio de Martí, en un largo monólogo que pronto se convirtió en animado diálogo, o más bien en tremenda discusión, sobre los pro y los contra, sobre las huellas reales y fantasmagóricas de todos los años en que la cultura y la tecnología de la extinta URSS fueron elementos omnipresentes en la realidad cubana.

Tan interesante fue la «platicada» —como la habría llamado mi socio del otro lado del Golfo—, que regresamos a pie hasta mi casa, al lado del Hotel Colina, y me surgió la idea de escribir estas líneas como ejercicio por y para la nostalgia.

Esta vez me había tocado ser lo que podríamos llamar abogado del diablo. Y mientras alababa (y muy

convencido) las bondades quita-hambre de la carne rusa enlatada «de la vaquita», de las tantas traducciones de las editoriales Ráduga, Mir y Progreso, de los muñequitos *Dobrinia Nikítich*, *Cheburashka* y *el cocodrilo Guena*, y del lobo y la liebre de *¡Deja que te coja!*, reflexionaba para mis adentros sobre una curiosa peculiaridad del carácter cubano.

Somos un pueblo que *siempre* descubre el lado bueno de *todo* lo que tiene. Pero solo *después* de perderlo. Porque entre el clásico «cualquier tiempo pasado fue mejor», nuestra eterna manía quijotesca y cierto chovinismo de doble moral, que nos permite criticar todo lo que tiene que ver con nosotros, pero al mismo tiempo nos hace salirle al paso, ofendidos, a cualquiera —a cualquiera de afuera—, que nos lo critique demasiado, ¿cuántos de nosotros no nos hemos sorprendido en los revueltos años de fin e inicio de milenio, al menos una vez, suspirando de añoranza por algunas de esas cositas *Made in URSS* que tanto criticábamos antes de 1989? Quizás mi amigo mexicano se equivocó, y después de todo, los soviéticos, cuando se convirtieron en rusos y volvieron a su fría Europa, sí dejaron algunas cosas de este lado del Atlántico.

Sin pretender adentrarme mucho en los abismos socio-ilógicos del análisis de los relativismos culturales y del subconsciente colectivo de los pueblos (si es que hay algo así, y que me perdone papá Jung por mi escepticismo), ni tampoco en los arriesgados laberintos de la geopolítica, la verdad es que, dicho en buen cubano, «se cae de la mata» que treintaipico de años con «los bolos» siendo parte de nuestra vida cotidiana, con el CAME como brújula de nuestra economía y nuestros soldados jugándole cabeza a la muerte, en Angola y Etiopía, a golpes de AKM, RPG-7, «flechas» antiaéreas, BM-21 y BTR, tenían que dejarnos alguna huella.

Por mucho que nos llenáramos la boca para burlarnos de su innata condición de «patones» a todo baile cubano, del para nosotros estropajoso sonido de su lengua, de la mala terminación e ineficacia energética de todos sus productos, dos generaciones de cubanos crecimos teniendo a la URSS como modelo insoslayable y demostración palpable de que se podía ser una nación grande, poderosa y desarrollada —o al menos esa era nuestra convicción entonces— sin jugar al capitalismo y a la desigualdad. Metafóricamente hablando, los soviéticos eran para nosotros algo así como el hermano mayor cuyos bíceps nos hacen sentir orgullosos del parentesco, por enclenques que seamos. Cuando solo podíamos soñar con viajes al cosmos y con la energía nuclear, ellos ya los tenían. Y para los habitantes de una islita casi en el traspasio del imperio del dólar, eso vale mucho. Aunque sea, como dirían

los psicólogos —¿o eran los economistas?—, en forma de capital simbólico.

Las huellas históricas de la presencia de la Unión Soviética en este proceso nuestro no las discute nadie. Sobre todo en los primeros años, la supervivencia de la Revolución habría sido problemática sin la mano que nos echaron. Sin los tanques T-34 y los cañones autopropulsados SAU-100, sin aquellos fusiles cañonicortos que venían en cajas con el rótulo *Zona de desarrollo agrícola R-2*. Sin toda aquella técnica militar probablemente desechada como obsoleta por el Ejército Rojo, Girón en el 61 tal vez no habría sido una victoria tan veloz y aplastante como fue.

La Crisis de Octubre llegó un año después. Fue el año en que vivimos en peligro. Pero por suerte la cordura triunfó. No llegó la sangre al río, y la situación se resolvió. Que nos tocara ser una simple pieza de negociación en la mesa de las superpotencias no nos gustó nada. (¿Alguien recuerda todavía aquella conguita de *Nikita*, *mariquita*, *lo que se da no se quita*, cuando volvieron a llevarse los dichosos cohetes para la URSS?) De todas formas, salimos del lío con una sensación acrecentada de nuestra propia importancia en la arena mundial.

Después de la Zafra del 70 vino la copia de varios modelos económicos e institucionales soviéticos, a pesar de que la clarividencia del Che había alertado, con tiempo, sobre el peligro de la burocratización. Que el propio creador del concepto del *hombre nuevo* se diera cuenta de que la férrea disciplina y la planificación soviéticas iban a tener consecuencias no deseables, debió ser suficiente advertencia.

Llegó 1968 con la Primavera de Praga y la entrada de los tanques soviéticos. En ese año, en Cuba, fue el proceso de Aníbal Escalante y su microfracción, por demasiado estalinista y kominternista. Proceso que dejó sentadas las reglas del juego, de algún modo: por mecánica que fuese, en todo caso la copia posterior sería muy nuestra; no simple extensión obediente de la voluntad de Moscú.

Complejidades políticas aparte, lo más importante fue que ya a finales de los 60 había una numéricamente notable «colonia» rusa en la Isla. Las buenas relaciones Habana-Moscú, los proyectos conjuntos bajo la égida de Brehznev, y la estabilidad que parecía eterna, requirieron y posibilitaron el traslado por tiempo más o menos prolongado hasta el Caribe de muchos ingenieros petrolíferos, geólogos, mineros, especialistas textiles, ferroviarios, en explotación portuaria, museología y prácticamente todas las ramas de la ciencia y la técnica que interesaban desarrollar en Cuba. Sin contar un buen número de asesores militares. Todos venían con sus familias y se instalaban a veces en barrios y edificios más o menos apartados, tal vez para evitar

la contaminación cultural, como si las barreras idiomáticas e idiosincráticas no fuesen suficientes —que no lo fueron. En parte, porque los recién llegados «inmigrantes laborales temporales», sobre todo las mujeres, con un avisado sentido comercial, pronto descubrieron que en las calles de La Habana y otras ciudades de la Isla, como en el Arbat moscovita, también había un activo comercio estraperlo, más o menos permitido, de muchos bienes considerados de algún modo *suntuarios*, o de aquellos que las libretas de abastecimiento y de productos industriales no garantizaban a los cubanos. Y, con pragmatismo eslavo, aprovecharon su experiencia, su (relativamente) privilegiada situación de abastecimiento y nuestra hospitalidad oficial para convertirse en verdaderas negociantes. Parece que «¿dónde vive la rusa?» fue el equivalente en los años 70 y los 80, de la moderna pregunta «¿dónde está la *shopping?*».

En aquellos lejanos tiempos en que el dólar era en nuestras calles solo un recuerdo del capitalismo que nunca volvería a campear por sus respetos, muchas madres de familia mataron el apetito de sus proles con *smetana*, carne rusa, queso de cabra kazajo, pepinillos en salmuera, caviar y otras exquisiteces que la embajada soviética importaba para paliar la nostalgia dietética de sus ciudadanos trasplantados; sin prever que estos preferirían cambiarlo por efectivo, y que el vodka cedería pronto el lugar de honor en sus preferencias al ron peleón *Made in Cuba*. Gracias a tan secretamente público tráfico, muchos rusos y de otras repúblicas ex soviéticas que se dieron la gran vida en estas latitudes aún añoran su privilegiado estatus insular de aquellos años.

Pero el éxodo temporal fue en ambas direcciones. Miles de cubanos que nunca habían visto la nieve cruzaron el Océano para estudiar en universidades soviéticas, para hacerse ingenieros o doctores, para convertirse en calificados obreros textiles o simplemente trabajar como leñadores en la helada Siberia, que de tal modo pronto se convirtió en el epitome de la lejanía.

Y lo mejor del caso fue que la interpenetración se produjo en todos los sentidos y a gran escala. ¿Cuántas rusas no dejaron sus frías latitudes para venir a parir al Caribe siguiendo, muy orondas, a sus bellos esposos mulatos? ¿Cuántas cubanas no dieron a luz en los hospitales y luego criaron a sus retoños en las guarderías de Moscú, Leningrado, Minsk, etc.? ¿Quién no conoce a uno de tales *inters*: interculturales, interraciales, internacionales? Rubios de ojos azules que bailan casino y guaguancó, toman «chispa de tren», montan guagua, hacen chistes de Pepito y saludan diciendo: «Asere, ¿qué bolá?». Pero que también se emocionan oyendo las canciones de Visotsky, hablan como iluminados de las pinturas de Iliá Repin y tienen que aguantar las lágrimas

viendo que Moscú no cree en ellas, tantos años después. Dificil conjunción sociológica del aceite con el vinagre, escindidos entre la Patria y la *Rodina*, entre la lengua de Cervantes pasada por Guillén, y el idioma de Tolstoi pasado por el *slang* de los golfitos de Arbat, la retórica de *Komsomolskaya Pravda*, *Sovexportfilm* y un poco del programa *El idioma ruso por radio* que trasmitían por Radio Rebelde.

Gracias a compartir la tierra franca de los juegos infantiles con esos que no eran ni rusos ni cubanos, ni agua fría ni caliente, sino *agua tibia*, fue que muchos de mi generación empezamos a entender en la niñez y la adolescencia, más allá del rechazo visceral que le hacíamos al ruso como idioma de enseñanza obligatoria desde la secundaria, que podía haber mucho de bello en aquella lengua y en aquella cultura que tan ajenas nos parecían. Y, claro, también gracias a los libros de Mir, Raduga, Progreso, aunque nos riéramos tanto del trasnochado tono de español arcaico de las traducciones. Libros como *Un hombre de verdad*, de Boris Polevoi; y *El sentido de mi vida*, las memorias del diseñador de aviones Yakólev, moldearon a una generación. *Los hombres de Panfilov* y *La carretera de Volokolamsk* iban en las mochilas de nuestros milicianos en la epopeya de la limpia del Escambray. *La nebulosa de Andrómeda*, de Iván Efrémov, *Qué difícil es ser Dios* y *Cataclismo en Iris*, de los hermanos Strugastsky, *La tripulación del Mekong*, de Volkunski y Lukodianov; *Jinetes del mundo incógnito*, de los Abramov, entre otras muchas, nos enseñaron que la buena ciencia-ficción también podía escribirse sin extraterrestres agresivos ni guerras estelares. Y cuando llegaba la codiciadísima *Sputnik*, desaparecía en horas de los estanquillos, y *La Mujer Soviética*, *Unión Soviética*, *El Deporte en la URSS*, *Panorama Olímpico*, *Misha*, también se leían bastante, además de servir para forrar libretas y libros, por el excelente papel satinado de sus portadas. No fue hasta mucho después, cuando Mijaíl Gorbachov popularizara dos palabras en ruso, *glasnost* y *perestroika*, que *Novedades de Moscú* empezó a ser perseguida por los nacientes aspirantes a librepensadores del patio, hasta que desapareció.

Mirando atrás desde el presente, para la más joven generación que creció después del derrumbe del muro de Berlín, y que considera los CD como algo cotidiano y no una maravilla tecnológica, resulta difícil hasta imaginarse lo profundo del desfase tecnológico y cultural en que vivíamos entonces aquí en Cuba. Aunque la música y las modas sí entraban. ¿Se acuerdan de los Boney M, los pantalones campana y el espendrum? Lo cierto es que, para nosotros, los crecidos en los 70 y los 80, cuando el último grito de la técnica eran los tocadiscos Radiotécnica y el radio Selena (salvo para aquellos privilegiados hijos de viajeros a *las otras partes*, que ya le rezaban a los dioses Sony, Sanyo, Philips,

Panasonic, TDK, etc.), la cultura rusa fue una influencia subyacente, pero sólida y constante en muchas esferas de la cotidianidad, símbolo contradictorio, a la vez, de modernidad y fealdad, de resistencia extrema y falta de calidad, ambivalencia que moduló por décadas la actitud de los cubanos hacia todo lo ruso, y que está en el origen del término «bolo».

Veamos algunos ejemplos, empezando por el renglón automotor. Los Moskvichs, Volgas, Nivas y Ladas consumían menos gasolina, echaban menos humo, sonaban menos, eran más cómodos y lucían mejor, al menos en teoría; pero tampoco importaba: eran símbolos de estatus, de modernidad, de adelanto. Aunque los viejos carros americanos fueran bombas de humo rodantes, eran para toda la vida, y sus carrocerías mil veces chapisteadas eran de hierro y no de aluminio de tubo de pasta de dientes. Cualquiera flamante Lada 1600 que chocara con un tartajeante Plymouth del 49 quedaba para chatarra, lo sabían hasta los niños. Claro, si era un Chaika, ya eran otros cinco pesos.

Las motos Ural, auténticos camiones con *sidecar*, copiados de las BMW tomadas de trofeo a los nazis en la Gran Guerra Patria, circulan todavía, con bastantes adaptaciones de nuestros *Hell Angels* insulares. Eran las dos ruedas que había para resolver, y vaya si resolvían. Hasta sofás se cargaban en aquellas heroicas motos. Y cinco pasajeros a bordo de una Ural con *sidecar* no era record para nada.

De los KP3, Gaz, Kamaz y otros camiones, nuestro gobierno tuvo que confesar en 1990 que eran máquinas muy bien diseñadas para gastar petróleo. Y, hermetizados contra las bajas temperaturas siberianas, eran auténticos hornos rodantes. Pero la fama de «asesinos de choferes» que trajeron de la URSS duró hasta que cayeron en manos de nuestros «patialientes» ases del volante, que los asesinaron a ellos.

Y si de aeronáutica se trata, nuestra Cubana de Aviación ha surcado, por décadas, los cielos del mundo con aviones soviéticos, relativamente lentos y también muy gastadores, pero seguros (mientras hubo piezas de repuesto). Fue así desde que los vetustos Super Constellation y Bristol Britannia de antes del 59 dejaron de creer en milagros mecánicos y se negaron rotundamente a despegar, al menos enteros. Los An-2 de fumigación vuelan aún, los «paticos» An-24 estuvieron haciendo rutas nacionales hasta hace muy poco, como los primos hermanos Yak 40 y 42, los viejos Tu-154 y el antiquísimo Il-18. Y si bien nunca tuvimos chance de ver aterrizar por Boyeros el supersónico y espigado Tu-144, todavía nuestro presidente recurre a su segurísimo Il-62-M cada vez que tiene que viajar.

Dentro de esta nunca demasiado criticada categoría de los electrodomésticos de producción soviética,

estaban las indestructibles lavadoras Aurika y los televisores Electrón, Rubín y Krim, que todavía sirven para ver la novela en no pocos hogares cubanos. Tanto aquellos mastodónticos aires acondicionados que enfriaban con un cierto estruendo, como sus primos menos adelantados, los ventiladores Órbita sin careta (porque originalmente estaban concebidos como una pieza más de ciertos refrigeradores), nos aliviaron tantos tórridos veranos. ¿Feos? Vaya si lo eran todos. Verdaderas monstruosidades de diseño, pero hechas a prueba de bala. ¿Y cuántos no echamos de menos aquel piñazo sobre el televisor cuando los controles vertical u horizontal se desajustaban, o la patada al refrigerador cuando el motor se negaba a arrancar? Gestos que ya pasaron a formar parte del acervo mímico nacional, aunque nuestros electrodomésticos de hoy, japoneses, chinos y coreanos, no agradezcan tan «carinoso» tratamiento.

En el capítulo de la relojería, vale la pena mencionar aquellos Raketa, Zaria y Poljot que pesaban toneladas en la muñeca, y cuyos cristales se empañaban casi de respirarles cerca. Así como aquellos despertadores titánicos, marca Slava y Sevani, que sonaban cuando les daba la gana y daban la hora que mejor les parecía. Ahora, sentir el pitido electrónico de un moderno radio-despertador digital y saber que es esa la hora, la misma que uno eligió para despertarse, inapelable, sin troque ni factor sorpresa que valga, resulta enervante. Qué aburrido, ¿no?

Bajo el genérico rótulo de la industria ligera se agrupan tantos objetos familiares por décadas, casi amigos, ahora vetustas reliquias domésticas que cada día escasean más y ceden más terreno en nuestras casas a sus cromados, ultramodernos émulo capitalistas. Como aquellos bombillos que duraban años derramando su luz amarilla o esas pilas secas que tan fácilmente se mojaban y sulfataban, o aquellos abridores que se oxidaban al primer mes, o perdían el filo, y los otros, de rosca y estilo pinza, cuyo funcionamiento exacto nadie comprendió jamás del todo. ¿Y qué decir de los juguetes rusos? Feos, toscos, con las uniones de plástico llenas de rebabas. Pero eran baratos, y resolvían. Aquellas pistolas espaciales y escudos, espadas y cascos de plástico rojo aguantaban bastante más que aquellos delicados, bellos y añorados básicos, no básicos y dirigidos *Made in Hong Kong* y *Made in Singapore*, que conmocionaban a los fiñes una vez al año, por julio. Todavía algunos de aquellos artilugios eslavos, a prueba de chamacos cubanos, andan dando vueltas por ahí, entizados con esparadrapo o *tape*, pero en servicio activo tras haber divertido a tres generaciones.

El solo empezar a recordar los productos alimenticios da hambre. ¡Aquellos pomos de un tercio de litro de puré de manzana! Y el resto de las compotas de pera o ciruelas mostrando rozagantes y cachetudos

bebidos eslavos en su etiqueta ¡cuántas infancias cubanas no endulzaron! ¡Y qué magnífico suplemento dietético resultaban para los adolescentes! En el campismo o sobre todo en los 45 días de la escuela al campo, las primeras veces en que el niño criado, mimado y bitongueado en su casa chocaba con el hambre pura y dura. O sea, con la sazón de fuego de leña del campamento, y con los tres mosqueteros, que no eran Athos, Porthos y Aramis, sino arroz, chícharos y huevos. Aquellas nunca bien ponderadas y baratas conservas de «ropavieja» o estofado de res; la antológica carne rusa marca Slava, la de «la vaquita». Qué fácil se oxidaban las latas, qué pésima presentación, pero qué magnífico su contenido, una vez que se le agregaba una buena salsa. Y la *smetana*, con su característico sabor entre yogurt y queso, tan llorada aún por nuestros *gourmets* caribeños. Aquel vodka *Stolichnaya* y aquel coñac armenio baratísimo en todos los mercados, mosqueándose ante el ronero chovinismo de nuestros «curdas». Aquella sabrosa sopa *salianska* que servían en el llorado restaurante Moscú de O entre Humboldt y 23, antes de que se quemara. Aquel espeso *borsb* a la marinera, hecho de yogurt y coles, que a todos los que tuvimos un vecinito o una noviecita rusos, nos tocó un día la hazaña de probar por primera vez, y sin hacer arqueadas. Tantos embajadores del acervo gastronómico ruso que estuvieron presentes en nuestro repertorio culinario, aunque fuera como una opción marginal al criollísimo bisté de puerco con congrí y yuca con mojo.¹

Los mismos cubanos que regresaban contando de la nieve en la Plaza Roja, del lujo increíble de las estaciones del metro moscovita y de las bellas noches blancas de Leningrado, trajeron todo un flamante concepto de decoración doméstica, junto con toneladas de souvenirs de la riquísima artesanía popular rusa. ¿Quién no tuvo o soñó tener en el aparador de su casa una *matrioshka* de veinte o más muñequitas? Algunos cubanos fueron más allá y cargaron a su regreso al terruño con titánicos samovares de cobre, con teteras eléctricas y juegos de té y todo. Así, la costumbre de tomar la delicada infusión, que hasta el 59 se suponía inglesa y aristocrática, se popularizó entre nosotros, y luego se volvió patrimonio de artistas y bohemios tropicales trasnochadores.

Otros cargaron con enormes afiches del Kremlin, de la policromada catedral de San Basilio y hasta del Mausoleo de Lenin, que aún hoy se aferran tercamente a algunas paredes habaneras, muy desteñidos por la sobredosis de luz de este implacable trópico. Y hubo otras mil chucherías rusas adornando las salas cubanas: desde cucharas campesinas talladas en madera, hasta reproducciones de llaves de las murallas de ciudades medievales del Báltico. En los cuartos de las casas

cubanas, las alfombras, unas de grueso fieltro industrial y otras notables piezas de artesanía de los pueblos de Asia Central, resistieron largamente una pelea de mono a león con el polvo, el churre y el calor tropicales. Hubo cuernos lituanos para beber hidromiel junto con astas de ciervo y hasta de alce, y cabezas de jabalí para adornar la pared. *Tiubeteikas* tradicionales uzbekas se colgaron de nuestras sombrereras junto a la boina gallega y el yarey guajiro. Y cuántos gruesos abrigos enguatados y *chapkas* de piel peluda no permitieron y permiten aún a su orondo y nostálgico poseedor pasarse con la sensación de invulnerabilidad que da una escafandra cósmica en medio de nuestros más helados frentes fríos. ¡Nada en comparación con los veintipico bajo cero de Moscú en diciembre! Sin contar con esas botas altas de mujer, interiormente forradas de cálida piel de cordero, verdaderas saunas de torturar pies en este clima, que enmohecieron en los escaparates caribeños, entretanto no había una salida de verdad. Del resto de la ropa, mejor ni hablar. Los cubanos hemos tenido siempre una sensibilidad especial para detectar «lo cheo». Y aquellos trajes rusos que parecían cortados a serrucho, y aquellos zapatos tan «bolos», sin duda alguna lo eran, y mucho.

De la cultura, más allá de libros, películas y dibujos animados, aún quedaría mucho por decir. El circo soviético en su habitual sede de la Ciudad Deportiva alimentó los sueños y las risas de dos generaciones de fiñes con sus acróbatas, domadores, jinetes y payasos. La fiel claqué balletómana del Gran Teatro de La Habana aún recuerda, entre suspiros, a la ingrátida Maia Plisétskaya al frente del Ballet del Teatro Bolshoi. Hasta nuestros más curtidos bailarines de guaguancó y columbia de solar fruncían el ceño admirados ante las corvas de hierro que permitían a los bailarines rusos dar aquellos saltos increíbles y alternar vertiginosamente las piernas a ras del suelo en sus danzas clásicas. Y si bien la *supervedette* soviética Ala Pugachova cantando «Arlequino» no convenía a muchos, todos nos sabíamos «Katiuska», «Noches de Moscú» y hasta «Ojos negros». Y los rockeros *Made in Patio de María* aún podemos repetir los nombres de aquellos grupos rusos que escuchamos en casetes mal grabados, contentos de que socialismo y *heavy-metal* no fueran siempre conceptos antagónicos: La Máquina del Tiempo, Café Negro, Nautilus Pompilius, Aria y Stas Tiomin, que hasta tocó en esta perdida isleta. Lo mismo que los amantes de la música electroacústica «espacial» al estilo de Jean Michel Jarre, no podremos olvidar nunca aquellos LP de los lituanos Zodiac, ni muchos de los trovadores de la novísima generación el ronco y desgarrador estilo de aquel Visotsky botando el alma en cada guitarrazo crítico.

De la ayuda prestada a nuestro naciente deporte revolucionario por la URSS, es poco todo lo que se

diga. Disciplinas como el boxeo y la esgrima no serían la fuente sostenida de medallas que son hoy sin los técnicos entrenadores de la hermana nación. Como a nuestra economía: no tendríamos combinadas cañeras sin aquella primera fábrica de KTP, ni sería lo mismo nuestra industria minera sin sus maquinarias, ni la textil, ni nuestros puertos, ni nuestra flota mercante y pesquera.

De pronto, cuanto más inamovible parecía el coloso, demostró tener los pies de barro. No fue cosa de un día ni dos ni tres, pero fue. Murió el aparentemente eterno Brehznev, y tras los breves e inestables Andropov y Chernenko, llegó el fatídico 89. Y los vendavales traídos por Gorbachov soplaron tan fuerte a través de las telarañas de la corrupción, la doble moral y la burocracia, que el castillo de naipes se derrumbó. Tras el «Gorba-show» cayó el Muro de Berlín y todo lo demás, incluidos CAME y Pacto de Varsovia. Fue el llamado «efecto dominó», al que Cuba sobrevivió contra todo pronóstico, a pesar de que Fukuyama vaticinó muy ufano el fin de la historia.

Luego, hemos estado demasiado atribulados tratando de resistir, y de paso desarrollarnos, como para preocuparnos mucho por los antiguos hermanos. Sin los millones de toneladas de petróleo, que el coloso euroasiático nos suministraba a cambio de nuestra zafra, sin piezas de repuesto, hubo que buscar alternativas económicas para poder comprar con los carísimos dólares en el mercado.

Muchos dejaron de entender lo que estaba pasando. Cambiaron mil cosas que parecían eternas. La Casa de la Amistad Cubano-Soviética, en Paseo y 17, pasó a ser simplemente Casa de la Amistad. El mundo, de la noche a la mañana, se volvió unipolar. Se acabó la Guerra fría y el Ejército Rojo empezó a ser licenciado masivamente, mientras muchos se preocupaban por el destino de tantas armas y tanto misil con ojiva nuclear, en medio de aquel río revuelto. Empezamos a ver muñequitos de Mickey y el Pato Donald como plato fuerte de la tanda infantil. La bandera y el escudo de la hoz y el martillo ya no estuvieron más. Se devaluó el rublo, el boyante programa espacial casi se paralizó y, primero la Comunidad de Estados Independientes y luego Rusia y Bielorrusia se volvieron más lejanas e incomprensibles que nunca. Los asesores e ingenieros regresaban a su patria revuelta, con el ceño fruncido de preocupación, y algunos amigos «agua tibia» se fueron con su padre o su madre para no volver más, o hacerlo solo esporádicamente. Como en una pesadilla, oímos hablar de la naciente y ultravioleta mafia rusa, que ofrecía una ocupación rentable a los miles de comandos y *spetnaz* desmovilizados; vino primero Nagorny-Karabaj y luego Chechenia, guerras civiles en la antes indisoluble Unión; supimos de un McDonald's en la Plaza Roja; de la demolición de estatuas de Lenin, de una estatua de

Frank Zappa en Vilnius, Lituania; de neomonárquicos vitoreando el regreso de los Romanov en Moscú; de anarquistas en Minsk y neonazis en Letonia. Era el mundo al revés, era el caos: vino Yeltsin, luego Putin.

Desde entonces, ¡quién lo iba a decir!, ya han pasado trece años, y seguimos aquí. La historia se sigue haciendo cada día. Y a la pregunta de ¿qué dejaron realmente los rusos en Cuba?, solo es posible darle una única y contundente respuesta: recuerdos. Buenos y malos, ¡pero cuántos!

Aunque, tal vez, algo más, cierta indefinible nostalgia de lo que fue y ya no es. En el momento en que escribo estas líneas, un ciclo de cine soviético en el Riviera ve llenarse la sala de espectadores con cara de añoranza y un amigo «agua tibia» me comunica, en ese tono de secreto que algunos no han podido cambiar desde la Guerra fría, que la antigua sede diplomática soviética, hoy embajada rusa, está considerando seriamente crear una Asociación de Rusos-Cubanos, o algo así.

Yo no hablo ni entiendo ruso. No puedo mostrar un Stepanov o un Vladimirov como sonoros patronímicos. Mi padre nació en Vázquez, provincia de Las Tunas, y mi madre en Güines, La Habana, por tanto soy lo que se dice «criollo y reyoyo». Pero me pregunto si me dejarán entrar, no siempre, sino alguna que otra vez, al menos como invitado, a las sesiones de esa futura «Asociación de Aguas Tibias».

No sería necesario mucho para hacerme feliz. No aspiro ni a ríos de vodka ni a festines nostálgico-pantagruélicos, con fuentes de carne rusa y ollas de *borsh*. Solo a que, cuando vayan a proyectar algunos muñequitos como *El enigma del tercer planeta*, de ciencia-ficción y con guión de Kir Bulichev, o *Dobrinia Nikitich*, algunas películas, como *El hombre anfibio* o *Piratas del siglo XX*; algunos documentales, como aquellos inolvidables *Quiero saberlo todo*, me dejen sentarme quietecito en una esquinita, mirando la pantalla.

Y así, transportarme por unos momentos a la única tierra de la felicidad que de veras existe: los recuerdos, el pasado, la infancia. A ese pedacito de nuestra vida en que los rusos eran parte de la cotidianidad, y parecía que nunca iban a dejar de serlo.²

Notas

1. Montados en la máquina del tiempo y la nostalgia, vale la pena puntualizar que no solo a la URSS acudieron a superarse los cubanos, y no solo de ella vinieron los hermanos del CAME y los productos comestibles e industriales, los dibujos animados y otras formas de cultura. ¿Recuerdan las ventas de discos LP de música clásica en la Casa de la Cultura Checoslovaca, de 23 y O, que hoy es el Centro de Prensa Internacional? ¿Los dibujos animados de *Aladar Meszga*, de *Lolek* y *Bolek*, *Mati el guardador de gansos*, *Juan el Paladín* y tantos otros? ¿Las latas de Mesa Slava? ¿Las rosas y los jugos de fruta búlgaros y las sopas polacas de paqueticos? ¿Los ciclos de cine

Yoss

polaco en la Cinemateca, que entonces todavía no era el Chaplin? ¿El excelente musical televisivo alemán *Ein Kessel Buntes*? ¿La películaza histórica de Serge Nicolaescu (sí, el mismo famoso «comisario solo») *Los dacios*? Tantas cosas. Pero solo el considerar superficialmente las diferencias entre las respectivas versiones del socialismo de Rumania, Checoslovaquia, Yugoslavia, Alemania Democrática, Hungría, Bulgaria, etc., y las influencias y experiencias de los cubanos en y con cada uno, llevaría tanto tiempo y extensión como hacer la historia de la Revolución. Quién sabe si más. Y entonces este trabajo debería titularse «Lo que dejó la Europa del Este socialista». Así que, por simplificar las cosas, consideramos aquí solo las relaciones cubanas con la URSS.

2. El trovador Frank Delgado tal vez no pase a la historia de la música cubana como un sublime creador de metáforas ni un romántico bardo, pero en su condición de irónico cronista de finales de los 80 y todos los 90, resultará probablemente tan insoslayable en la sociología nacional como los Van Van en los 70 y tempranos 80. La siguiente letra prácticamente funciona como resumen de todo el artículo anterior. Y si hay algún error, es 100% de mi mala memoria.

Konchalovski hace rato que no monta en Lada

Ya no podré leer más ningún libro de esos
de Editorial Ráduga, de Editorial Progreso.
No podré disfrutar más de aquel Tío Stiopa
de estatura increíble y tan horrible ropa.
No te puedo negar que los ojos me arden.
Maiakovski ya deja reptar a los cobardes
y no podré tomar el té negro en las tardes.
El teatro Bolshoi aún no ha sido saqueado
hay Noches de Moscú y crimen organizado
los Estudios Mosfilm seguro que han cerrado.

No me volveré a emocionar con Siberiada.
Konchalovski hace rato que no monta en Lada.
No podré disfrutar de aquellas olimpiadas
con los soviets ganando todas las medallas.

La Kazánkina grita: no me dejen sola.
Serguei Bubka se venga y toma Coca Cola,
con Salenko jugando en la Liga Española.

Alguien a mí me preguntó si me había leído *El Capital*:
Sí, pero a mí no me gustó, pues la heroína muere al final.
En fin, que no me gusta tanta economía novelada
que escribió el tal Carlos Marx.

Ahora que los censores no pitchean bajito
ya podemos burlarnos de sus muñequitos.
Ahora que los ministros cambiaron las banderas
podemos hablar mal de su industria ligera.
Hoy que llevo en la frente el cuño del vencido
y me acusan de muros que al fin se han caído
puedo ser posmoderno y perder el sentido.
Renegar de las utopías en que creo
o ensañarme con toda la ley del deseo
con la momia de Lenin y su Mausoleo.

Hoy que solo del vodka queda la resaca
yo me niego amor mío, cambiarme la casaca.
Hoy que los konsomoles van pasando de todo
abrázame, mi china, y no me dejes solo.
Y mientras Fukuyama repite iracundo
que estamos ante el fin de la historia del mundo
mi amigo Benedetti abre el tomo segundo.

Alguien a mí me preguntó si me había leído *El Capital*:
Sí, pero a mí no me gustó, pues la heroína muere al final.
En fin, que no me sirven estas novelitas de tres tomos
que escribió el tal Carlos Marx.

© TEMAS, 2004.